

# **Trayectorias juveniles en tiempos de desestructuración: un estudio de los itinerarios laborales de jóvenes pobres y su imbricación con otras esferas vitales.**

Eugenia Roberti.

Cita:

Eugenia Roberti (2015). *Trayectorias juveniles en tiempos de desestructuración: un estudio de los itinerarios laborales de jóvenes pobres y su imbricación con otras esferas vitales*. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/166>

# Trayectorias juveniles en tiempos de desestructuración: un estudio de los itinerarios de jóvenes pobres y sus imbricaciones con diversas esferas vitales<sup>1</sup>

Eugenia Roberti (CIS-CONICET/IDES-PREJET) eugenia.roberti@hotmail.com

## Resumen

La ponencia aborda el debate en torno al problema de la integración social de las juventud(es) en la sociedad contemporánea. En un marco de fragmentación de los mecanismos tradicionales de integración, se busca comprender cómo se constituyen las trayectorias de jóvenes de un barrio periférico de La Plata. Desde una perspectiva cualitativa, realizamos entrevistas en profundidad, observaciones participantes y análisis documental buscando aprehender la constelación de sentidos, prácticas e imaginarios juveniles. El planteo teórico-metodológico parte de concebir a las trayectorias como un punto de cruce entre lo estructural y lo biográfico, entendiendo que los procesos de transición de los jóvenes se caracterizan por su desestructuración y requieren de miradas analíticas que consideren las múltiples esferas vitales. En este sentido, las biografías juveniles no pueden comprenderse al margen de las transformaciones que ocurren en distintas esferas de la vida social, tampoco por fuera de los marcos espacio-temporales en los que se insertan. Por esta razón, se busca comprender las imbricaciones entre diversas esferas que, en el juego de sus interdependencias, dan forma a las trayectorias juveniles: el trabajo, la educación, la familia, el barrio y los grupos de pares.

**Palabras clave:** Juventud(es), Sectores Populares, Crisis del Modelo Lineal de Transición, Trayectorias Vitales, Territorialidad

## Introducción

La presente ponencia busca contribuir al debate actual que se ha suscitado en torno al problema de la integración social y laboral de los jóvenes en la sociedad contemporánea. En un contexto de desestructuración, persisten viejos y nuevos problemas en la población juvenil, que se presenta como uno de los grupos más vulnerables. En efecto, en las sociedades actuales se produce la crisis de las instituciones modernas, que garantizaron en otra época la incorporación de las nuevas generaciones, instituyendo un estadio propio para la juventud. En un escenario de fragmentación de los mecanismos tradicionales de socialización e integración social, surge el interés en la presente investigación por analizar el resquebrajamiento del modelo lineal de transición a la vida adulta, que vislumbra una de sus manifestaciones más emblemáticas en las trayectorias que delinean los jóvenes.

En el marco de estas preocupaciones, la ponencia se organiza en dos grandes apartados. La primera parte, reconstruye las trayectorias de jóvenes varones de un barrio periférico de la ciudad de La Plata, analizando las prácticas y las valoraciones subjetivas en torno al trabajo, la escuela y la familia. En esta línea, por un lado, se adopta una posición controversial con el modelo lineal de transición a la vida adulta, a partir de comprender los nuevos itinerarios que emergen ante la crisis de las instituciones tradicionales; por otro lado, en un segundo apartado, se establece una distinción frente a esas institucionalidades clásicas, al delinear la relevancia que adquieren nuevos soportes territoriales en la configuración de las trayectorias juveniles. Para finalizar, en las conclusiones recapitulamos el conjunto

---

<sup>1</sup> Esta ponencia forma parte de mi Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/45820>

de aportes desde una mirada integral, buscando reflexionar sobre la nueva condición juvenil en las sociedades contemporáneas.

## **I. La crisis del *doblo pasaje* a la vida adulta: un análisis de las trayectorias juveniles en relación a las esferas vitales más significativas**

Desde una posición crítica a la perspectiva de la transición a la vida adulta, la idea central que está detrás del presente trabajo sostiene que la nueva condición juvenil se inscribe en la crisis de un *doblo pasaje* que comprendía una transición lineal de la escuela al trabajo y de la familia de origen a la de procreación. En el marco de estos cambios experimentados en los modelos y procesos de entrada a la adultez, buscamos develar en primer lugar el modo en el que se configuran las trayectorias laborales juveniles; luego, indagamos en el itinerario escolar delineado y el vínculo que establecen los jóvenes con la educación; finalmente, analizamos las relaciones familiares e intergeneracionales. Tomando como marco de referencia el *modelo normativo* del curso de vida, nos preguntamos si la época actual presenta rasgos de desinstitucionalización e individualización en los patrones biográficos. Para abordar el modo en que se constituyen las trayectorias de este grupo de jóvenes, se delimitan *tres momentos* en función de las distintas transiciones que atraviesan a la esfera laboral, educativa y familiar.

### ***Primer momento. En el umbral del trabajo: trayectorias laborales en tiempos de fragmentación social***

Un punto de partida significativo para comprender el modo en que se construyen las trayectorias laborales de los jóvenes entrevistados reside en analizar las condiciones de inserción al mercado de trabajo y las posiciones alcanzadas dentro del campo laboral. En este marco, el interés radica en averiguar las formas de ingreso a una ocupación, la edad establecida en el momento de iniciación, las motivaciones planteadas y las actividades desarrolladas.

Una primera aproximación a los relatos da cuenta que la incorporación en una ocupación se desarrolla a una edad temprana. El ingreso prematuro a la vida laboral se comprende a partir de situaciones de privación que derivaron en una búsqueda de autonomía -“*me quería comprar mis cosas*”- o en la necesidad de colaborar con la economía familiar -“*mi viejo me llevaba a trabajar*”-. Más allá de estas circunstancias familiares y/o personales, la incorporación al mercado del trabajo se concibe como un medio para la obtención de ingresos. La edad promedio es de 13 años, cifra que se encuentra por debajo de la normativa que regula la edad mínima de acceso a un empleo. Sin embargo, se registran casos donde la primera ocupación se desarrolla de manera aún más anticipada. Esta situación se presenta en aquellos jóvenes que se desempeñan como trabajadores familiares, sin percibir una remuneración. Como hace alusión Fermín, un joven de 19 años que advierte: “*a los 6 años yo trabajaba en el carro con mi viejo*”. Incluso, se presentan situaciones donde se insinúa trabajar “desde siempre”:

-¿Anteriormente en Paraguay habías trabajado?

-Y allá, en el campo... así carpiendo, sembrando

-¿Ayudabas a tus papás?

-Sí

-¿Desde qué edad los ayudás?

-Desde que yo recuerde (Elio, 18 años).

Si bien muchos jóvenes se inician en el mercado laboral desarrollando tareas como trabajadores familiares: “fui a trabajar con mi tío y con mi papá” (Gastón, 18 años); también, se encuentran aquellos casos que incursionan en el mercado ocupacional de manera “autónoma” (en un vínculo no mediatizado por el parentesco), realizando actividades por cuenta propia o en relación de dependencia. Para estos entrevistados, el ingreso al trabajo se produce por intermedio de algún conocido o familiar que los contacta con el empleador; situación que perdura con posterioridad como forma predilecta de búsqueda y acceso a las ocupaciones: “por todos temas de conocidos”; “me conocían, preguntaba”; “por un familiar”.

Como observa un estudio reciente, en las inserciones laborales de jóvenes de bajos recursos juegan un rol clave las redes personales. Las familias y el círculo cercano proporcionan los primeros contactos con el mundo laboral en tanto ponen a disposición de los jóvenes una red de relaciones que facilita su acceso al mercado de trabajo, aunque el mismo suele ser precario y cercano a su lugar de residencia (Deleo y Pérez, 2013). En términos generales, la entrada a una ocupación se realiza en el sector informal de la economía desempeñándose en la rama de la construcción o mediante el ofrecimiento de distintos servicios a familiares y vecinos (principalmente de jardinería).

Ahora bien, la relevancia de la perspectiva de las trayectorias radica en el carácter longitudinal que implementa para comprender las nuevas condiciones que subyacen a la relación de los jóvenes con el trabajo; en contraposición a las investigaciones clásicas que analizan estos vínculos desde un punto determinado en el tiempo. La introducción de miradas diacrónicas se vincula a la concepción de la inserción como un proceso complejo que no culmina necesariamente con la integración laboral. Si bien, a la hora de reconstruir el proceso de inserción laboral es importante describir la actividad desarrollada y el segmento de la economía, es necesario también considerar nuevas características que atiendan la manera peculiar en que los jóvenes ingresan al mundo del trabajo. Así, es fundamental analizar las prácticas laborales en relación a las entradas y salidas del mercado de trabajo, los cambios sectoriales u ocupacionales, el tiempo de duración y la calificación de las actividades desarrolladas.

Las trayectorias laborales de los jóvenes entrevistados se distancian de la imagen clásica del empleo asalariado, identificado con un contrato de duración indeterminada, beneficios sociales cubiertos, posibilidades de promoción y de proyección a largo plazo. Por el contrario, sus itinerarios están conformados por continuos “rebusques” de escasa calificación, que carecen de una relación jurídica con el empleador o se ubican en el autoempleo. Insertos en condiciones laborales desprotegidas, se caracterizan por la ausencia de seguridad social “es todo en negro, viene todo de palabra” (Darío, 26

años) y la falta de estabilidad “*changuitas... iba un sábado, un domingo, un lunes, cuando te precisaban [...] te iban a buscar a la esquina*” (Jeremías, 20 años).

Una vez incorporados al mercado de trabajo, los jóvenes alternan por diversas ocupaciones de corta duración. Como traslucen los relatos, la secuencia laboral se configura a través de “*changas*”, donde la opción de trabajar se caracteriza por su condición puntual, irregular e indeterminada (“*un tiempito*”, “*en el día*”, “*un par de veces*”). En el marco de un horizonte de inestabilidad duradera, los jóvenes desarrollan una multiplicidad de actividades que guardan poca vinculación entre sí: “*trabajé en una banda de cosas*”; “*hice todos laburos diversos*”. Estos fragmentos evidencian el quiebre de aquellas pautas de integración hegemónicas para otro momento histórico donde las carreras ocupacionales eran consideradas para toda la vida; por el contrario, los recorridos ilustran una dispersión de estrategias de rebusques, que implican un saber “arreglárselas” y una convivencia con lo aleatorio (Otero, 2009); lo cual se manifiesta en aquellos entrevistados que expresan trabajar “*de cualquier cosa, lo que venga*”.

Las entradas circunstanciales en el mercado de trabajo secundario, la rotación laboral y la alta movilidad entre condiciones de actividad provocan que las trayectorias de estos jóvenes posean un horizonte muy limitado en cuanto a la formación, que se orienta básicamente hacia el trabajo manual y poco cualificado. En efecto, estas trayectorias desestructuradas no se desarrollan siguiendo un patrón de acumulación que habilite la constitución de una identidad laboral o la conformación de un oficio.<sup>2</sup>

Si bien en pocos casos los jóvenes han conformado un oficio, esto no significa que consigan superar las condiciones de informalidad e inestabilidad laboral. Precisamente, las características que adopta la inserción laboral juvenil de sectores bajos es producto de la persistencia de rasgos estructurales en el mercado de trabajo, que continúa funcionando de manera dual y segmentada. Este funcionamiento encuentra su correlato en el sistema de formación, donde los jóvenes logran desarrollar competencias que no están certificadas, como enuncia uno de los entrevistados: “*cosas que te llevan a aprender por necesidad de dinero, que vas mirando y lo vas aprendiendo*” (Marcos, 23 años). En estas circunstancias, no es ilógico que los jóvenes elijan otros rumbos laborales posibles por sobre el camino del oficio.

*-Empecé a hacer changuitas de electricidad en el barrio, me fue muy bien. Por el oficio que aprendí, hoy en día soy un electricista. Bueno, me llevó a estar bien y mal porque no tenía trabajo estable, o sea, vivía de changuitas yo. Hasta que después pegué la cooperativa* (Marcos, 23 años).

Una mención especial merece el trabajo en las cooperativas que realizan los jóvenes, en el marco de políticas de empleo activas desarrolladas a partir del período de posconvertibilidad.<sup>3</sup> Es interesante

---

<sup>2</sup> Retomando la distinción de Guerra Ramírez (2008), mientras el oficio -y es el caso también para las profesiones-, designa una cualificación o la posesión de una competencia técnica, que remite al mismo tiempo a una identidad propia (se “es” albañil); el puesto de trabajo describe una situación en la que no se posee ningún capital formativo y la identidad laboral permanece en la indefinición.

<sup>3</sup> Se trata de la línea “Ingreso Social con Trabajo” del Programa “Argentina Trabaja”, liderado por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. El programa fue impulsado a mediados de 2009 y consiste en la organización cooperativa de trabajadores para la ejecución de pequeñas y medianas obras públicas comunitarias. Hacia junio de 2010, el programa contaba con 150.000 beneficiarios y, en la distribución por edades, los jóvenes de 18 a 24 años representaban el 34,1% (OIT, 2011).

observar el carácter *paradójico* de las cooperativas en tanto representan una ocupación temporal, que procura cierta estabilidad en relación a trabajos anteriores. Identificadas como un “*paliativo*”, aseguran cierta continuidad en el trabajo, aunque no garantizan un proyecto futuro asociado al mismo: “*tampoco de una cooperativa voy a vivir*” (Paco, 19 años); “*si esto no te va a durar toda la vida*” (Juan, 19 años). Asimismo, es importante señalar el carácter complementario que asume esta actividad en los jóvenes, al ser desarrollada junto a una variedad de changas ocasionales.

Desde una mirada que complejiza los postulados acerca de la imprevisibilidad de las trayectorias juveniles contemporáneas (Pais, 2007; Gil Calvo, 2009); un dato interesante que emergió del trabajo de campo refiere a la *previsibilidad* de secuencias ocupacionales contingentes, en razón de la intermitencia e inestabilidad laboral que experimentan los jóvenes en su vida cotidiana. La inseguridad ocupacional se naturaliza a medida que el trabajo estable se desdibuja de la experiencia transmitida por las viejas generaciones. Las biografías laborales ya no pueden captarse a través de un esquema lineal unidireccional, imagen de una progresión hacia la estabilidad. En estos contextos, el trabajo precario e informal deja de ser una opción transitoria para convertirse en el único camino que prevalece a lo largo del itinerario laboral. Siguiendo a Castel, estamos asistiendo a “la instalación en una precariedad que podría constituir un registro permanente de las relaciones del trabajo” (2010: 46). Fenómeno que se manifiesta a través del relato de ciertos jóvenes que arguyen no haber vivido períodos de desempleo:

-¿Tuviste un tiempo que buscabas y no encontrabas trabajo?

-No, *así nunca estuve*. Si salía algo que me convenía me iba

-Y en la época de gasista, que salían trabajos cada tanto ¿cómo te las arreglabas?

-*Ahí cuando ya no tenía laburo. Te las arreglabas*, [hacía] *changuitas* y si no encontrás nada, *cirujeas*. Es corta o salís a meter fierro [robar], pero yo elegía lo otro, salía a cirujear (Ramiro, 29 años).

En consecuencia, la continuidad laboral se presenta como la principal problemática a la hora de reconstruir las trayectorias laborales de los jóvenes: “*pero no trabajé un año, trabajé cosas... changuitas que hice*” (Jeremías, 20 años). La inestabilidad de sus inserciones laborales hace que establezcan una distinción respecto a aquellas experiencias laborales a las que aspiran alcanzar asociadas con la estabilidad y la regulación del tiempo social que el empleo otorga: “*un trabajo fijo que vos sabes que laburas todos los días*” (Sebastián, 27 años).

Si en un primer momento el vínculo que establecen los jóvenes con el trabajo pareciera reducirse a la privación o la supervivencia; al ahondar en sus sentidos ideales hallamos la vigencia del modelo tradicional de sociedad salarial. Identificado para otro período histórico, la situación de registro en el empleo fue una garantía de integración social, con el reconocimiento de los derechos laborales ligados a la condición asalariada. En el universo simbólico de los entrevistados es posible identificar la persistencia de este imaginario social. Precisamente, frente a rumbos laborales signados por experiencias esporádicas, desprotegidas y de tiempo parcial, los jóvenes anhelan un trabajo estable que irrumpa con la

intermitencia ocupacional y les garantice una protección social: “*que estés en blanco, que te paguen seguro, aportes jubilatorio, todo. El día de mañana te vas a jubilar*” (Fermín, 19 años).

Ahora bien, que los jóvenes perciban como atributo prioritario el hecho de “*estar en blanco*”, no implica que lo reconozcan como probable en sus propias trayectorias. En efecto, en los recorridos juveniles se observa que lo que está en disputa no es el significado del trabajo, asimilado aún con el empleo asalariado, sino más bien sus modos de actuar (*changas*), frente a un mercado laboral que no les deja mucho margen para su inserción.

Los relatos de los jóvenes revelan que si bien el universo de lo deseable se representa de una manera nítida y definida en lo que respecta a las condiciones laborales (importancia de un trabajo “*fijo*”, “*cómodo*”, “*en blanco*”); en el universo de lo posible se efectúa un ajuste de las expectativas a las oportunidades que ofrece el medio, donde las ocupaciones precarias e informales son percibidas como aquellas salidas laborales que están al alcance. La mirada instrumental hacia el trabajo, la ausencia de proyectos laborales a largo plazo y la idea de trabajar de “*lo que venga*” caracteriza al vínculo que establecen los jóvenes con una ocupación. Como explican Míguez y Semán, “cuando no puede estructurarse con alguna certidumbre un proyecto biográfico de largo alcance, cobra sentido una lógica de la satisfacción inmediata” (2006: 31).

### ***Segundo momento. La difícil transición de la escuela al trabajo***

La descripción del itinerario educativo que delinean los jóvenes entrevistados asume una orientación especial a la luz de los supuestos que proclama la perspectiva de la transición a la vida adulta. En contraposición a esas presunciones, las trayectorias de formación escolar de los jóvenes adquieren un carácter *errático*; la etapa de instrucción suele ser breve y está signada por ciclos discontinuos que trazan un camino marcado por el abandono escolar y la alternancia institucional. Estos itinerarios escolares fragmentados se desarrollan, en algunos casos, desde edades muy tempranas.

-¿El tema de los estudios cómo fue?

-*Vagancia. Fue catastrófico directamente, empecé primero, segundo y ya tercero repetí [3er grado]. Bah me hizo repetir Veá [su madre], porque se operó de apéndice y no tenía quién me lleve. Arranqué de vuelta, y ya arranqué con pocas ganas. Las maestras me hacían pasar [...]. Después no quise estudiar más. Iba a repetir 8vo año y me fui a la mierda. Le dije a mi vieja que no iba a estudiar más y me puse a laburar con mi primo (Ramiro, 29 años).*

En términos generales, los jóvenes realizan una valoración positiva de la institución escolar, como un espacio de aprendizaje y crecimiento personal: “*sirve un montón porque enseña mucho, te hace crecer*” (Darío, 26 años). No obstante se observa, como plantea Jacinto (2006), una dificultad para nombrar entre los aprendizajes algún contenido por fuera de las competencias lingüísticas, orales y escritas: “*yo no quiero saber nada, si yo ya sé leer y escribir*” (Lautaro, 18 años). Desde esta mirada, la decisión de retomar o continuar el colegio se relaciona con la certificación que brinda esta institución, donde no son valorados los conocimientos instruidos sino “*el papel*” (título secundario) que habilitaría el

acceso a un trabajo de calidad: “*me anoté para ver si puedo cambiar de trabajo; terminar y con el secundario buscar otra cosa...*” (Sebastián, 27 años). Como sintetiza el relato de Mauricio, un joven que concluye el secundario básico en la Escuela de Adultos del barrio luego de sobrellevar algunas repitencias y haber sido expulsado del colegio:

*-La escuela, te ayuda a crecer como persona [...]. Vendría a ser como el eje de tu vida, porque si nunca estudiaste, nunca hiciste nada, no vas a tener un laburo, porque si no sabés ni leer, ni escribir, es difícil conseguir laburo* (Mauricio, 24 años).

Paradójicamente, a partir de la década del '90 se pone de manifiesto que la credencial educativa como garantía de la inserción laboral resulta *cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente*, parafraseando el libro de Filmus y otros (2001). En este sentido, la valorización de la institución escolar que realizan los jóvenes, en tanto condición para lograr una movilidad social ascendente, debe comprenderse en el marco del proceso de devaluación de las titulaciones académicas; en el que más años de estudio pierden valor relativo en el mercado de trabajo, al mismo tiempo que no garantizan de por sí el acceso a un empleo de calidad, ni el tan anhelado ascenso social. La esperanza de obtener de las certificaciones aquello que garantizaban en un estado anterior, ocasiona un desajuste de las estructuras subjetivas y objetivas, en razón de lo que Bourdieu (2010) denomina un *efecto de histéresis*.<sup>4</sup>

*-Creo que hace mucho tiempo que la escuela secundaria no garantiza esa cosa: si salgo de la escuela consigo un trabajo, no necesitás ser ningún estudioso. Entonces la escuela también tiene que lidiar con eso ¿para qué voy a ir a la escuela? ¿A qué a la escuela? No podés decir: “porque es más fácil conseguir un trabajo” [...]. Pero aún vale la pena la escuela igual* (Ana, maestra de la Escuela de Adultos).

La agudización y el deterioro de las relaciones laborales convergen con la expansión de la matrícula escolar del nivel medio y el ingreso de jóvenes de sectores sociales antes relegados; siendo en el caso analizado, la primera generación que accede a los estudios secundarios. No obstante, las nuevas generaciones cuentan con más años de educación formal que no logran traducirse en mejores posiciones en el mundo laboral. La ruptura de las relaciones directas entre nivel educativo e inserción ocupacional, manifiesta que se está lejos de modelos lineales de paso de la escuela al trabajo. Sin embargo, en los jóvenes perdura un imaginario acerca de la conclusión de los estudios escolares como una herramienta que dota de mayores oportunidades y posibilita “*ser alguien*”, frase enunciada de manera reiterada.

*-La escuela, mi opinión, es que es algo muy necesario, ahora más que nada. El estudio, te lleva a crecer más como persona, en el aspecto de que si no estudias no se te pueden abrir muchas puertas. El estudio es todo... o sea, para mí,*

---

<sup>4</sup> Según Bourdieu (2010), el ajuste inmediato de las estructuras subjetivas y objetivas sólo se realiza en la medida en que las condiciones en las que funciona el habitus, hayan permanecido idénticas u homólogas a las circunstancias en las que se ha constituido. Esta situación se puede apreciar, paradójicamente, cuando se produce un *efecto de histéresis*: las disposiciones funcionan a destiempo y las prácticas se ajustan objetivamente a condiciones caducas. En el caso analizado, los jóvenes generaciones viven un desajuste entre expectativas y estructura, cuya bisagra es la crisis de la escuela y el trabajo como mecanismos tradicionales de integración socio-laboral. Las expectativas depositadas en la escuela resultan inciertas, inalcanzables y, con frecuencia, desmentidas por una estructura que no permite materializarlas (Saraví, 2009).



*que yo no pude estudiar, es todo. En este momento pienso que con una capacidad de estudio mayor, que la que yo tengo, podría estar en otro lado trabajando* (Marcos, 23 años).

Si bien todos los entrevistados tienen en su horizonte los estudios secundarios, esta meta difícilmente se alcanza. La escuela aparece bajo la forma de un “deber ser”, que no logra resolver la tensión entre *urgencia* y *proyecto* que despliegan los jóvenes en esa etapa de sus vidas; cristalizada en una lógica contradictoria entre la estrategia de reproducción a corto plazo y la estrategia de formación a largo plazo. Así, las nuevas generaciones establecen idas y vueltas con el colegio: entre el imaginario y lo posible, van trazando una trayectoria educativa errática.

Ahora bien, los jóvenes desertan del sistema educativo en razón de que la escasez de ingresos de sus hogares los obliga a adelantar su entrada al mercado de trabajo, aún antes de completar su formación. Sin embargo, el abandono prematuro de la escuela no debe atribuirse exclusivamente al origen socioeconómico. Es necesario considerar también la capacidad de interpelación que tiene la institución escolar -y con ella la diversidad de expectativas, percepciones y sentidos atribuidos a otras esferas de la vida- en la conformación de un proyecto vital y laboral.

Precisamente, las connotaciones simbólicas que asume la escuela la ubican en un lugar relegado frente a otras esferas alternativas, que presentan una mayor incidencia en los procesos de subjetivación. Estos procesos se desarrollan en el marco de lo que Kessler (2010) denomina “una escolaridad de baja intensidad”: “*al estudio no le daba bolilla*” (Alejo, 29 años); “*me empecé a portar mal, y bueno, después faltaba, no entraba a la escuela*” (Gastón, 18 años). Estas inconsistencias y debilidades dan lugar a una institución escolar que se encuentra imposibilitada para responder a aquellos significados tradicionales que la convirtieron en un lugar privilegiado de producción de las juventudes. Siguiendo a Saraví:

Se constituye así en una escuela acotada, que luego de los años iniciales comienza a perder su capacidad de interpelación, quedándose paulatinamente vacía de sentido. El “desastre” y el “aburrimiento” emergen como los sentimientos que permean la experiencia escolar y que denotan la incapacidad de la escuela para marcar a los sujetos (2009: 306).

Frente a la pérdida de centralidad de la escuela se presentan ámbitos alternativos de identificación y subjetivación juvenil. De esta perspectiva, en la biografía de los jóvenes la constitución temprana de la familia propia aparece como un punto de inflexión que propicia de manera indirecta el retiro de la escuela y la búsqueda de una ocupación: “*yo dejé la escuela cuando me junté, a los 19 años dejé la escuela, para empezar a laburar de vuelta*” (Mauricio, 24 años). Otro argumento al que acuden algunos de los entrevistados para abandonar el colegio se vincula a las formas de sociabilidad que desarrollan con los grupos de pares, donde “*la vagancia*”, “*la calle*”, “*la droga*”, adquieren preponderancia ante una institución escolar que no logra representarse como un espacio de socialización e integración juvenil.

-¿Por qué habías dejado el colegio?

*-Por la vagancia en el barrio, por joda, por estar con los pibes. No me quería levantar a la mañana para ir al colegio (Jeremías, 20 años).*

Más allá de la importancia que adquiere el espacio público como instancia de socialización predilecta para algunos de los entrevistados, en ninguno de los relatos se presenta una valoración de la experiencia escolar como ámbito de sociabilidad, tampoco como un período de moratoria social, ya que los mismos ingresan tempranamente al mundo del trabajo y suelen contraer a menor edad obligaciones familiares (Margulis, 2008).

*-No era nuestra edad para buscar trabajo. Porque los chicos a esa edad no están trabajando, le están manteniendo los padres los estudios. Nosotros no tuvimos esa oportunidad de estudio, de formarnos [...]. Yo lo hubiera hecho si hubiera tenido la oportunidad... **ahora ya estoy grande, si no pienso en el trabajo...** (Marcos, 23 años).*

Este relato trasluce la dificultad de compatibilizar el trayecto escolar con un ingreso prematuro al mundo laboral; resultando frecuente su reanudación o abandono. En consecuencia, el concepto de *transición* utilizado desde los años '70 para investigar el paso de la escuela al trabajo (Vincens, 1999), comienza a perder sentido en un contexto en el que es difícil delimitar de manera precisa el pasaje de un ámbito a otro. Las pautas de vida de estos jóvenes contradicen aún más estos supuestos lineales, en la medida en que la desestandarización y mayor complejidad de los rumbos educativo-laborales se conforman en articulación con acontecimientos y decisiones que involucran a otras esferas vitales.

De esta manera, los caminos que los jóvenes toman entre la escuela y el trabajo rompen con la idea de transiciones pautadas, sincronizadas y predecibles. No sólo los entrevistados suelen conjugar y alternar períodos de ocupación y de formación, sino que también reingresan a la enseñanza media luego de un largo período de inserción en el mercado de trabajo, donde no han podido alcanzar una integración laboral plena. Ahora bien, los sucesivos fracasos en el proceso de escolarización tradicional llevan a los jóvenes a optar por vías alternativas de terminalidad educativa que, en el caso bajo estudio, forman parte de la oferta de servicios para jóvenes y adultos, tal como son los Centros Educativos de Nivel Primario y el Plan FinEs.<sup>5</sup> No obstante, las dinámicas del sistema educativo exclusor permanecen, generando nuevas institucionalidades que no alteran las prácticas más generalizadas del formato escolar moderno.

El cambio en el formato escolar impulsado desde las políticas educativas recientes se localiza básicamente en las escuelas que reciben a los jóvenes expulsados por las otras instituciones [...]. Son los estudiantes que acumulan sucesivos fracasos los que develan el contraste entre las dinámicas institucionales de las escuelas en donde los propios alumnos son los responsables de auto-gestionar con sus recursos su tránsito por la escolaridad, y aquellas en donde se produce un acompañamiento que favorece la inclusión (Ziegler, 2011: 74-75).

---

<sup>5</sup> En la Argentina, con la Ley de Educación Nacional N° 26.206/06 se contempló a la Educación para Jóvenes y Adultos (EDJA) como una de las ocho modalidades del sistema educativo. Específicamente, el Plan Nacional de Finalización de Estudios Primarios y Secundarios (FinEs) se enmarca en el campo de las políticas educativas para la escolarización de jóvenes y adultos que surgen en los años 2000, con el propósito de revertir la desigualdad social y educativa. A través de este programa se efectuó una revitalización de la EDJA, que ha alcanzado a los 1.700.000 inscriptos durante el período 2008-2014 en todo el país (Jacinto, 2014).

Frente a trayectorias signadas por una escolaridad fallida de los sectores que llegan por primera vez al nivel medio, la institución educativa tradicional permanece indiferente, aún en las condiciones estructurales más adversas: *“me echaron de la escuela... ya no permitían más, había repetido un montón de veces, aparte ya era grande”* (Juan, 19 años). Ante la imposibilidad de continuar en el formato de enseñanza tradicional, estos dispositivos pedagógicos promueven la terminalidad de aquellos jóvenes que no han resuelto su escolarización en los tiempos institucionales previstos por el sistema educativo.

-¿Por qué los jóvenes van a una Escuela de Adultos?

*-Porque se modificó la estructura de 7mo, 8vo y 9no, los alumnos entraban a repetir y no iban más a la escuela, quedaban al margen. En el tercer ciclo, directamente eran expulsados por mala conducta, porque faltaban. Quizás también se los pasaba, y en 7mo, 8vo y 9no con profesores, la dinámica era diferente, empezaban a repetir: “por qué no te pasás a la Escuela de Adulto, querido”* (Ana, maestra de la Escuela de Adultos).

-¿Por qué deciden retomar en el FinES? ¿Cuál es la problemática de la escuela tradicional?

*-Es expulsiva [...]. Porque fue una escuela y lo expulsaron, y no le hicieron fomentar su autoestima de que todos valemos; o sino porque fuiste pobre tuviste alguna carencia y desaprobaste, consecuencia te expulsaron. Y hoy el FinES está para llenar como cáscara todo eso: que el papelito del título sirva como autoestima* (Omar, referente barrial del FinEs).

Como acuerdan los docentes a cargo de estos espacios alternativos de escolarización, el trabajo educativo que se realiza aborda las áreas curriculares pero intenta hacerlo en conjunto con los aspectos emocionales y la formación de autoestima. En este sentido, las intervenciones pedagógicas no dejan de lado la situación de adversidad de los jóvenes, sino que se tiene en cuenta sus necesidades, vivencias y aprendizajes previos. Esta condición permite desarrollar un marco de mayor contención, al entablarse un *vínculo cara a cara* como vía que efectiviza la escolarización.

*-No es esa cosa tan distante entre docente y alumno, se produce otro tipo de encuentro [...] Las maestras del barrio hacen lo que pueden con 30 chicos, hay cosas que le exceden a la escuela. En un espacio donde hay tanta formalidad. Yo el registro lo llevo, al final pongo los presentes, pero no es lo importante. Esto del afecto, que se puedan expresar; quizás el día anterior se cagó de hambre o frío. O si salieron con amigos para robar algo, o si aspiré... Esto no se habla en la escuela, creo que esa es la diferencia fundamental* (Ana, maestra de la Escuela de Adultos).

Por consiguiente, la implementación de formatos educativos alternativos a la experiencia escolar tradicional permite generar espacios de aprendizaje que atienden y se adaptan a las situaciones que presentan los jóvenes. Asimismo, la organización curricular favorece el egreso de quienes tienen pendiente culminar su formación: la baja carga horaria y la flexibilidad en el cursado de las actividades escolares, posibilita a los entrevistados compatibilizar la escuela con las oportunidades laborales esporádicas que van surgiendo. Sin embargo, no todos consiguen alcanzar esta meta. En efecto, más allá del acompañamiento en el tránsito por la escolaridad que propician estas nuevas institucionalidades, es fundamental acudir a soportes externos a la propia escuela para garantizar la permanencia de los jóvenes.

### ***Tercer momento. Entre generaciones: una aproximación a la dimensión familiar***

En la sociedad contemporánea, el proceso de transición a la edad adulta no abarca una misma secuencia y temporalidad de los eventos biográficos. En el diálogo con esta perspectiva, los estudios sobre juventudes en nuestro país han prestado atención a las trayectorias que las nuevas generaciones configuran entre la escuela y el trabajo, sin embargo, constituye un aspecto poco explorado el modo en que conforman su propia familia e independencia residencial. Por esta razón, a continuación, atendemos los cambios que se han suscitado en la estructura familiar tradicional y en sus patrones de conformación, observando las nuevas formas de transición que delinean los jóvenes en el ámbito familiar.

Como apuntamos previamente, el trabajo y la escuela aparecen asociados con un imaginario de movilidad socio-ocupacional, que difícilmente está al alcance de los jóvenes. En su lugar, la conformación de una familia propia y la consumación de una independencia residencial se presentan como alternativas dentro de sus horizontes de oportunidad. En esta dirección, la transición temprana hacia la autonomía familiar se percibe para los jóvenes como una opción posible frente a otras esferas de integración, al formar parte de una experiencia cotidiana y socialmente aceptada dentro de su contexto socio-cultural. Es en torno a estos proyectos realizables que algunos entrevistados conforman su subjetividad, si bien la casa de material es un sueño compartido. Como expresa Luciano:

*-[Busco otro trabajo] para cobrar más que esto y comprar un terrenito, porque no quiero vivir toda la vida ahí, en lo de mi suegra. Quiero tener lo mío, quiero hacerme una casa de material. Con esta plata no me alcanza, ni para una pared (Luciano, 20 años).*

La perspectiva de la transición a la vida adulta define este pasaje como una secuencia “normativa” integrada por una sucesión de etapas: primero la formación educativa, luego el empleo y, finalmente, la unión conyugal junto a la conformación del núcleo familiar. No obstante, en los jóvenes no se vislumbra una trayectoria lineal hacia la adultez, más aún, sus rumbos aportan nuevos sentidos que contradicen la separación entre ciclos vitales estancos. En el proceso de emancipación estas condiciones ya no prevalecen en su forma “clásica”, al mismo tiempo que adquieren significados inéditos.

Por un lado, los cambios en el grupo conviviente, la inestabilidad del hogar y las uniones tempranas tienden a desplazar y poner en cuestión el alcance de la familia tradicional. Precisamente, las normas y expectativas sociales en relación con las etapas del curso de vida familiar -que instituyeron a la unidad doméstica nuclear como modelo de la modernidad-, no se presenta en la realidad social de los jóvenes del barrio, quienes adoptan una diversidad de formas de familia y de convivencia. Las profundas transformaciones en la estructura familiar nuclear se observan en el predominio de familias monoparentales o ensambladas, donde estas últimas acarrean hijos de distintas uniones que conviven bajo el mismo techo, padres a tiempos parciales y más de una vivienda (Urresti, 2012).

Por otro lado, la consumación de una autonomía domiciliar se desdibuja en sus términos tradicionales, asumiendo un carácter progresivo que dificulta delimitar cuándo comienza y termina este

pasaje: un cuarto propio, la casilla en el fondo de la casa familiar, el terreno y, más adelante, la casa de material. En este marco, la familia de origen “forma parte de la estructura de oportunidades en que se mueven los jóvenes, y su papel es determinante en el proceso de transición residencial” (Saraví, 2009: 127-128). Según este autor, no sólo se pone en evidencia que el inicio del proceso de independencia residencial comienza al interior del hogar de origen, donde los jóvenes empiezan a construir un espacio propio; sino que además, en un contexto estructural adverso, la familia extensa constituye una estrategia de sobrevivencia que permite resolver el problema crítico de la vivienda, siendo habitual que las nuevas generaciones permanezcan habitando con sus padres o suegros luego de una temprana unión conyugal.<sup>6</sup>

Estos eventos se reflejan en el caso de Lautaro, cuya biografía permite echar luz sobre el proceso de transición familiar y residencial. Luego de la separación de sus padres, conformó su familia a los 18 años de edad junto a una muchacha del barrio, con quien está en pareja desde hace dos años, aunque con algunas separaciones: “*nos arreglamos de vuelta. Y sí, porque se viene el bebé todo...*”. Desde que se conocieron en la escuela, conviven deambulando “*un poquito en cada lado*” por las casas de su padre, madre, abuela y suegra. Indudablemente estas idas y vueltas en el hogar de convivencia manifiesta que estas transiciones no están exentas de conflictos. Finalmente, la semana siguiente se mudarían juntos:

*-Mi abuelo me dejó un terreno a mí, de 10x30. Grande, ¿viste? Y yo tenía una moto, se la cambié a mi viejo por un auto, y el auto lo cambié por una casa. O sea, por una casilla nueva [...]. Ahora agarramos la casilla, pero yo le comenté que adelante voy a hacer las bases para hacerla de material de a poco* (Lautaro, 18 años).

Las características que asumen las transiciones familiares y residenciales -y por lo tanto el modo en que las nuevas generaciones resuelven la entrada a la adultez -, evidencian un estallido del modelo normativo tradicional. En estas condiciones, los entrevistados desarrollan una pluralidad de transiciones centradas en el mundo familiar que no siempre siguen una pauta temporal regular. Mientras algunos jóvenes emprenden ese camino de manera prematura sin haber conformado aún su propia familia, otros habiendo transitado hacia su familia de procreación continúan residiendo al interior del hogar de origen e incluso regresan al mismo luego de haberse independizado.

En este punto, buscamos aprehender aquellos procesos y acontecimientos vitales que los jóvenes identifican como elementos significativos del pasaje hacia la independencia residencial y/o la conformación de una familia de procreación. Es interesante advertir que la reconstrucción de sentidos en los entrevistados varía de acuerdo a si han emprendido o no dicha transición. En aquellos jóvenes que continúan viviendo en la casa paterna y no consumaron su propia familia, se observa un imaginario acerca del modo en que se produciría la autonomía que concuerda con la concepción lineal de entrada a

---

<sup>6</sup> La familia ha sido tradicionalmente el ámbito de socialización de los jóvenes. Sin embargo, actualmente varios autores señalan una mutación de la organización familiar que se produce en el marco de crisis de las instituciones modernas: la familia pasa de ser considerada un espacio de socialización a ser una *estructura de soporte* y un *espacio de contención* ante las mayores dificultades para integrarse social y laboralmente que experimentan los jóvenes (García Canclini y otros, 2005; Guerra Ramírez, 2008; Pérez Islas, 2008).

la vida adulta. Estos modos de regulación social que interpelan los imaginarios juveniles, nos advierten acerca de un tiempo social que continúa vigente, pero que no logra realizarse en el tiempo biográfico.

-¿Cuándo planeás irte de tu casa?

-*Y cuando tenga un trabajo fijo, que tenga un buen sueldo, que me pueda hacer mi casa, después cuando tenga en mi casa todas las cosas, que ya tenga todo, ahí juntarme y tener mi familia* (Marcelo, 17 años).

Este relato evidencia la persistencia de referentes simbólicos tradicionales en el imaginario social de los jóvenes sobre el modo en que conciben el pasaje a la adultez. Sin embargo, las transformaciones que experimentan las nuevas generaciones en ámbitos como la familia, la escuela y el trabajo, obligan a los jóvenes a realizar ajustes en sus percepciones y prácticas. En este marco, se alejan de las referencias clásicas y buscan agenciarse caminos diversificados en un mundo con escenarios más inciertos. Así, la frontera que antes separaba la juventud de la madurez adulta se torna cada vez más borrosa, dados los des-tiempos e imbricaciones de las trayectorias laborales con las formativas y reproductivas.

## **II. La nueva condición juvenil: la emergencia de nuevos soportes territoriales**

El presente apartado aborda las complejas relaciones que los jóvenes de El Aluvión establecen con el espacio barrial. La dimensión espacial cobra una relevancia particular en la construcción de las biografías juveniles contemporáneas, al presentarse como un ámbito fundamental en la vida de estos jóvenes, donde se condensan una multiplicidad de sentidos que iluminan las transformaciones en las institucionalidades tradicionales. Desde este lugar, se busca aprehender el modo en que el espacio urbano local es vivido y representado por las nuevas generaciones; sin olvidar las propias interacciones que establecen los jóvenes entre sí, donde los usos, apropiaciones y percepciones del barrio adquieren un valor especial en los procesos de configuración de prácticas identitarias y de sociabilidades juveniles.

Los jóvenes desarrollan un fuerte sentido de pertenencia hacia el ámbito barrial: “la ciudad es vivida desde el barrio. El territorio funciona como anclaje identitario desde el cual en parte se mira e interpreta el mundo” (Chaves, 2011: 5). Esta identificación con el entorno barrial presenta una enorme incidencia sobre las prácticas cotidianas de los entrevistados, en especial, en lo que respecta a los circuitos urbanos que despliegan. En ese ámbito trascurren gran parte de su tiempo, al realizar sus actividades recreativas y formativas: concurren a la escuela, forman sus amistades e, incluso en varias oportunidades, el barrio se convierte en el lugar predilecto para el desarrollo de su trayectoria laboral.

Como espacio cercano e inmediato, el barrio constituye una escena predilecta: representa el lugar donde se producen los encuentros y las interacciones locales; asimismo, adquiere una relevancia particular en las experiencias y condiciones de vida para quienes asume la característica de lugar de trabajo. Si usualmente se representa al barrio desde su función residencial, esta afirmación no debe ocultar el hecho de que para muchos de sus habitantes cumple también un papel productivo. En este sentido, ya advertimos que el ingreso de los jóvenes al mundo laboral se configura a partir de un conjunto

de prácticas no formalizadas que se desarrollan por medio de las redes familiares y comunitarias, a través de las cuales entran en contacto y se socializan en el trabajo.

Así, en un contexto de segregación espacial, las prácticas laborales se encuentran -cada vez más- localizadas territorialmente: “yo acá en mi barrio, atiendo el negocio, estoy en mi casa” (Gastón, 18 años); “siempre agarro algún laburito por el barrio” (Darío, 23 años). De este modo, no se produce una clara separación entre la zona residencial, el ámbito laboral y los tiempos de ocio: la imposibilidad de traspasar los límites del barrio configura un escenario de renovada fragmentación y desigualdad social.

*-No me puedo mover, no salgo de acá dentro, como dice mi hermana, del barrio no salgo. Lo único que conozco es el barrio [...]. Me dice mi viejo, “nunca saliste del barrio, siempre estuviste acá, en la esquina y con tus amigos”. Lo único que hago, nunca salgo del barrio (Jeremías, 20 años).*

La adscripción identitaria que despliegan los entrevistados en torno al ámbito barrial se reflejan en las reiteradas frases “soy de acá”, “es mi casa”, donde el barrio aparece como un espacio de identificación e inscripción territorial: “desde que nací soy de acá, me crié en el barrio, ya como que vivo acá... bah, vivo acá pero ya como soy del barrio” (Germán, 18 años). Para la mayoría de estos jóvenes su historia residencial y la de sus padres comienza en El Aluvión, vislumbrando su futuro y el de sus hijos allí: “yo no me quiero ir del barrio, ya es parte de mí” (Marcos, 23 años).

*-Me quedaría acá yo, por siempre*

*-¿Por qué “por siempre”?*

*-Y porque está re piola el barrio este... tenés los amigos, ya conocés a todos, viste... ya te acostumbrás, además yo viví, de chiquito viví acá (Marcelo, 17 años).*

Un acercamiento a los relatos da cuenta de la preponderancia que adquieren las relaciones “cara a cara” en el espacio barrial. Los jóvenes señalan la importancia del barrio como ámbito de sociabilidad; lugar de creación de amistades -“acá tengo una banda de amigos” (Paco, 19 años)-, donde se tejen redes de carácter íntimo y familiar -“nos conocemos todos acá” (Fermín, 19 años). Estos relatos manifiestan fuertes lazos barriales en torno a los cuales los jóvenes construyen su subjetividad, buscando otras vías de integración alternativas a las tradicionales. En efecto, el barrio y el grupo de pares permiten a los entrevistados hacer frente a la inseguridad e incertidumbre que provoca su complicado tránsito hacia la vida adulta, en un marco de creciente desinstitucionalización. Como explica Reguillo:

En un contexto con fuertes tendencias homogeneizadoras y en una sociedad que ha ido suprimiendo los ritos de pasaje y de iniciación, pero que exacerba la diferenciación y segmentación entre los grupos de edad, a través del sistema productivo y de las fuerzas del mercado, y de manera particular, a partir de una crisis en las “instituciones intermedias”, incapaces por distintos motivos de ofrecer certidumbres a los actores sociales, las culturas juveniles han encontrado en sus colectivos elementos que les permiten compensar este déficit simbólico, generando diversas estrategias de reconocimiento y afirmación, entre las que se destaca el uso de objetos, marcas y lenguajes (2000: 99-100).

Precisamente, el sentido de pertenencia que desarrollan los jóvenes hacia el espacio barrial presenta una enorme incidencia en sus biografías. En este contexto, las trayectorias laborales de los varones se desarrollan primordialmente en el espacio público, el cual aparece como un ámbito íntegramente masculino también en los tiempos de ocio: “*la calle me encanta, no me preguntes por qué porque no sé, no puedo estar encerrado [...]. Me gusta la calle, me gusta salir*” (Marcelo, 17 años). Allí -en “*la calle*”- despliegan sus formas de sociabilidad entre pares, donde la música, la vestimenta y los lugares frecuentados aparecen como signos de una identidad compartida.

-¿Qué haces en tu tiempo libre?

-***Me quedo en la esquina.*** *Me tomo una coca, me quedo fumando un cigarro, una marihuana. Me gusta divertirme, quedarme con los pibes, ahí tranquilo [...]. Todos los días lo mismo, es como que algo me tiene atado. Estoy en la esquina, y me quiero quedar ahí con mis compañeros, fumándome un porro, tomando una gaseosa y estar ahí* (Jeremías, 20 años).

“*La esquina*” se presenta como el escenario de construcción de sociabilidades, lugar destinado para el encuentro con pares. Con el anochecer el espacio público se carga densamente de sentidos, funcionando como anclaje identitario de un conjunto de grupos juveniles que adoptan las esquinas como lugares de reunión, consumo y amistad: “*son como treinta grupos acá en el barrio. Son una banda de pibes, pero cada uno tiene su grupito*” (Jeremías, 20 años). Así, en el espacio barrial se desarrollan diversas estrategias de diferenciación entre grupos juveniles, que encuentran en los clivajes espaciales una forma de materialización. La importancia que tiene el espacio urbano para los jóvenes se revela en las formas de percepción y apropiación del barrio, escenario donde emergen ámbitos de socialización y de generación de subjetividades desde los propios jóvenes.

-*Nos juntamos siempre en... nosotros le decimos “el paredón”, allá en 163*

-¿Qué hay ahí? ¿Una pared grande?

-*Sí, hay una pared grande, porque hay un predio ahí, de fútbol. Y paramos ahí... ya es lugar de nosotros porque ya le pusimos un banco, tiene las paredes dibujadas [...]*

-¿Hay otros lugares así? ¿Otros grupos?

-*Sí, pero nosotros nos juntamos entre nosotros. No nos juntamos con los otros, con otros pibes. Nos hablamos con todos los del barrio, todo, pero la junta es esa, nadie más* (Herlo, 16 años).

A lo largo de este apartado hicimos referencia a los múltiples sentidos que adquiere el ámbito de residencia para los jóvenes entrevistados. Precisamente, estudiar los procesos de configuración de la nueva condición juvenil requiere de un análisis de las percepciones de las nuevas generaciones respecto del espacio. Como apuntan García Canclini y otros (2005), es importante aprehender “aquellos ‘lugares’ que densamente cargados de significación, operan como plataformas y referentes juveniles en la percepción y construcción de representaciones orientadoras para actuar en el mundo” (2005: 16). En efecto, el relato biográfico se inscribe al mismo tiempo en la estructura etaria y en la estructura urbana.



La trayectoria se va enlazando no sólo con hitos temporales (etapas de la vida, fechas importantes, calendarios) e institucionales (trabajo, educación, familia), sino también con marcas territoriales (Chaves, 2011): “*nunca salgo del barrio*”.

### **Consideraciones finales**

En el marco de las grandes transformaciones del siglo pasado en el sistema educativo, la familia y el mundo productivo, se quiebra el modelo de integración social de las generaciones jóvenes, a través de una secuencia de pasos institucionalizados. La escuela deja de representar el ámbito de socialización por excelencia y la garantía de una mejor posición socio-ocupacional. Paralelamente, surgen modalidades de convivencia inéditas que manifiestan cambios en los esquemas de formación de la familia nuclear. A su vez, la transición al mundo productivo deja de ser un “momento” en la biografía de los jóvenes para convertirse en un “proceso” complejo, que no culmina necesariamente con la estabilidad laboral.

Los rumbos contemporáneos presentan así rasgos muy distintos de aquellos que caracterizaron a épocas precedentes, donde las trayectorias se articulaban en el cuadro de un ciclo vital estandarizado. Por el contrario, asistimos a un *desdibujamiento de las etapas de la vida*. La nueva condición juvenil ya no encuentra límites precisos en las sociedades contemporáneas, debido a la pluralidad de roles y pasajes no lineales entre diversas esferas de la vida social que se solapan y articulan a lo largo de una misma biografía. Más allá de la vigencia de marcos normativos e interpretativos clásicos a nivel del *imaginario social* -que continúa atado a modelos caducos: la vigencia de la sociedad asalariada, el mérito educativo en pos de la movilidad social y los patrones tradiciones de conformación familiar-, los caminos que los jóvenes toman entre la escuela, la familia y el trabajo nos remiten a la idea de una *desinstitucionalización* de las trayectorias de entrada a la vida adulta.

Sin embargo, sostenemos el carácter *paradójico* de este proceso. Si bien, por un lado, se erosionan y transforman muchos de los mecanismos de socialización juvenil que involucraba a instituciones como la familia, la escuela, el empleo -aunque sus antiguas formas siguen persistiendo sin desaparecer completamente (Pérez Islas, 2008); por otro lado, los entrevistados realizan ajustes en sus representaciones y prácticas alejándose de aquellas normas basadas en la institucionalización tradicional. En este contexto, surge en la configuración de las trayectorias biográficas modos de gestión que apuntan hacia *institucionalizaciones emergentes*, tales como: nuevos formatos escolares; cambios en los patrones de residencia y composición familiar; formas alternativas en el ámbito laboral, impulsadas por políticas de empleo activas. E incluso, como abordamos en el último apartado, la búsqueda realizada desde los propios jóvenes para agenciarse caminos y estrategias con el fin de alcanzar la integración social.

En este marco, surgen soportes relacionales novedosos que expresan variaciones sustantivas a la forma tradicional. Más aún, pese a sus nuevos formatos, la escuela, el trabajo y la familia dejan de constituir para algunos jóvenes las principales vías de articulación en la conformación de subjetividades.

En estas circunstancias, el barrio comienza a cumplir funciones inéditas frente a otras modalidades clásicas de inscripción social, convirtiéndose en un soporte privilegiado que implica el desarrollo de patrones de interacción e identificación vinculados al territorio y a los grupos de pares.

### Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P., 2010, *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Castel, R., 2010, *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, Buenos Aires, FCE.
- Chaves, M., 2011, “Jóvenes entre el centro y la periferia de la ciudad, del Estado y de la academia”, en Carpio, J. (comp.) *Las políticas sociales urbanas y la construcción de ciudadanía*. Buenos Aires, Paidós.
- Deleo, C. y P. Pérez, 2013, “Estrategias de inserción laboral de jóvenes Argentinos: un análisis de las formas de búsqueda de empleo”, en *XXIX ALAS*, Chile.
- Filmus D. y otros, 2001, *Cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente: escuela media y mercado de trabajo en épocas de globalización*. Buenos Aires, Santillana.
- García Canclini, N. y otros, 2005, “Planteamiento conceptual de la Encuesta Nacional de la Juventud 2005. La condición juvenil. Formas de institucionalización, cambio y continuidad en el México contemporáneo”, en: *Jóvenes mexicanos. Encuesta Nacional de Juventud 2005*, IMJ.
- Gil Calvo, E., 2009, “La rueda de la fortuna: giro en la temporalidad juvenil”, en *Congreso de Lisboa*. Madrid.
- Guerra Ramírez, M., 2008, *Trayectorias escolares y laborales de jóvenes de sectores populares. Un abordaje biográfico*, Tesis de Doctorado, Cinvestav, México.
- Jacinto, C., 2006, *La escuela media. Reflexiones sobre la agenda de la inclusión con calidad*. Bs. As., Santillana.
- Jacinto, C., 2014, “Los programas de educación, formación y empleo de jóvenes en el marco de los nuevos paradigmas de protección social”, en *Congreso de Formación en y para el trabajo de grupos focalizados de población*, Cinvestav, México.
- Kessler, G., 2010, *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires, Paidós.
- Margulis, M., 2008, *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Buenos Aires, Biblios.
- Otero, A., 2009, *Procesos de transición a la vida adulta: un estudio cualitativo con jóvenes argentinos*. Tesis de Doctorado. FLACSO.
- Pais, J., 2007, *Chollos, chapuzas y changas. Jóvenes, trabajo precario y futuro*. Barcelona, Antrhopos.
- Pérez Islas, J., 2008, “Entre la incertidumbre y el riesgo: ser y no ser, esa es la cuestión... juvenil”, en Bendit, R. y otros (comps.) *Transiciones juveniles: procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado*, Buenos Aires, Prometeo. pp. 175-192.
- Reguillo, R., 2000, “Pensar los jóvenes. Un debate necesario”, en *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Colombia, Norma. pp. 19-47.
- Saraví, G., 2009, *Transiciones vulnerables: juventud, desigualdad y exclusión en México*. CIESAS, México.
- Vincens, J., 1999, “La inserción profesional de los jóvenes. En la búsqueda de una definición por convención”, en: *Calificaciones & Empleo*, N° 23. Buenos Aires, Piette/Céreq.
- Ziegler, S., 2011, “Entre la desregulación y el tutelaje: ¿hacia dónde van los cambios en los formatos escolares?”, en Tiramonti, G. (dir.) *Variaciones sobre la forma escolar: límites y posibilidades de la escuela media*. Homo Sapiens.